

DOSSIER

Presentación

Julián Sanz Hoya

Universitat de València

En la España de los años sesenta, la cara más visible del desarrollismo para una gran mayoría de la población no eran las tópicas imágenes de seiscientos, lavadoras y suecas en bikini, sino una realidad cotidiana de barriadas humildes sin dotaciones, trabajo duro en las fábricas y los campos, mujeres legalmente sometidas a sus maridos, falta de los derechos y las libertades más elementales, torturas sistemáticas en las comisarías y penas de cárcel para la oposición a la dictadura. Fue en aquellos barrios, en aquellas fábricas, en aquellos campos, en aquellas cárceles, donde las luchas contra la explotación, la miseria y la falta de libertades dieron cuerpo y fuerza al movimiento antifranquista, hicieron germinar espacios de libertad y pusieron las bases para construir un formidable ariete contra la continuación de la dictadura. Una realidad sin la cual resulta imposible, además de injusto, explicar la posterior reconquista de las libertades democráticas. Pero en los relatos mediáticos y políticos dominantes sobre el nacimiento de la democracia española —que de forma interesada u olvidadiza se identifica con la de 1978, ignorando tanto la Segunda República como el largo hilo de luchas democráticas— los sujetos obreros y populares han sido preteridos en favor de las élites políticas y de los santos laicos de la transición.

No es así, en cambio, en el terreno de la investigación histórica, donde son ya mu-



Estudiante preparando una pancarta en la Universidad de Sevilla en 1976 (Foto: José Julio Ruiz Benavides - Archivo Histórico de CCOO de Andalucía).

chos los trabajos que vienen analizando el protagonismo de la sociedad en la lucha contra la dictadura y en la construcción de un sentido común democrático. Otra cosa es que, con frecuencia, los historiadores y las historiadoras no hayamos sido capaces de trasladar el resultado de nuestras in-

vestigaciones al conjunto de la sociedad e incidir en los debates sobre el pasado y el presente. Precisamente, el motivo de este dossier es el de presentar algunas de las investigaciones recientes que, desde diversos ángulos, se están ocupando de analizar diferentes sujetos políticos y sociales —comunistas, sindicalistas, trabajadores y trabajadoras de la ciudad y el campo, mujeres antifranquistas— cuya contribución resultó decisiva para acabar con la dictadura y forzar la apertura de un proceso democratizador en la España de los años setenta.

La lucha por las libertades y la transición a la democracia

Sin duda, el protagonismo de la dictadura y de la transición postfranquista en los debates de actualidad está directamente vinculado a los serios problemas sociales y políticos de nuestro presente, con la creciente impugnación —total o parcial— del sistema político resultante, hasta cierto punto, de la transición. Uno de los resultados más saludables del renovado espíritu crítico desarrollado al hilo de la contestación a la crisis económica, a los recortes sociales y a la corrupción política, ha sido el extenso cuestionamiento de la visión idealizadora de la «modélica transición». Ciertamente, las visiones críticas sobre la transición no son nuevas: estuvieron presentes ya en aquel periodo, se mantuvieron después desde diferentes ángulos y resurgieron con fuerza de la mano del movimiento por la memoria histórica.

La historiografía y otras ciencias sociales no han sido ajenas a esta evolución: en su seno han convivido interpretaciones condescendientes con el relato de las élites protagonistas de la Transición, planteamientos eclécticos que sumaban teoría de la modernización, protagonismo de las élites y participación de la sociedad civil, y —cada

vez con mayor presencia y peso— investigaciones que vienen subrayando la importancia decisiva de la movilización social. Al tiempo, las visiones beatíficas del proceso democratizador han sido contestadas por otras que plantean un balance ambivalente, cuando no oscuro de la transición, exponiendo sus carencias y desmintiendo el mito de la transición pacífica^[1]. Resulta, por tanto, incorrecto sostener que existe un consenso académico en torno a una historia oficial acrítica con la transición, o centrada solo en la transición protagonizada por las élites, pues contamos desde hace tiempo con influyentes estudios en sentido muy diferente.

Conviene insistir en ello, dada la tentación adánica de algunos relatos que vienen a descubrirnos mediterráneos y que, con excesiva frecuencia, prescinden de los resultados de las investigaciones más rigurosas, trasladan las frustraciones del presente al periodo transicional o plantean juicios sumarios sobre las decisiones de la época sin atender a los equilibrios de fuerzas y al contexto en que fueron tomadas. Sorprende, en especial, que algunas visiones pretendidamente críticas desde la izquierda partan de asumir uno de los elementos clave del «mito de la transición», el constituido por el relato autolegitimador de las élites procedentes del franquismo sobre su papel en el diseño y el impulso de la democratización, obviando en qué medida fue un proceso no querido por aquellas, sino forzado por la movilización democrática^[2].

En este sentido, trabajos como los de Radcliff, Molinero e Ysàs, Sartorius y Sabio, entre otros muchos, vienen mostrando que,

1.- Sophie Baby, *Le mythe de la transition pacifique. Violence et politique en Espagne (1975-1982)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2012.

2.- Ferran Gallego, *El mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*, Barcelona, Crítica, 2008.

frente a las visiones de la historia que enfatizan la democratización como resultado más o menos automático de la modernización económica y social, o a aquellas que la presentan como fruto de la decisión de unas élites virtuosas, resulta crucial devolver el protagonismo a la sociedad. Al desarrollo, *desde abajo*, desde la experiencia de las clases populares y de todas las personas que optaron por hacer frente a las desigualdades y al aplastamiento de las libertades, de todo un conjunto de movimientos y prácticas sociales que se enfrentaron día a día a lo que significaba la dictadura. Esta opción resulta coherente con una concepción de la historia que apuesta por rescatar la vida y las luchas de la mayoría trabajadora, al tiempo que con la constatación del carácter central que desempeñó la contestación social en el cuarteamiento de la fortaleza del régimen franquista y en la reconquista de las libertades democráticas aplastadas por los vencedores de 1939^[3].

Asimismo, resulta importante atender —como ha señalado Ismael Saz— al «necesario deslinde conceptual entre procesos de democratización y de lucha por la democracia desde abajo y la transición política». Y ello en al menos dos sentidos. Primero, en la consideración de que lo fundamental es el largo proceso de lucha por la recuperación de las libertades, en el que ocuparon un destacado lugar las movilizaciones reivindicativas desarrolladas frente a la dictadura y sus herederos tanto durante la

dictadura franquista como en la transición. Dentro de este esquema, la transición sería «sólo un momento, una fase, de dicho proceso», pero que no se entiende sin el combate antifranquista de las décadas previas y la extensión de prácticas e ideas democráticas en crecientes sectores de la sociedad. Y, segundo, en mi opinión tal deslinde debe servir también para evitar un cierto teleologismo que lleve directamente de las luchas por la democracia a la consecución de un modelo concreto de democracia, equiparando los objetivos —sin duda, diversos y plurales— por los que lucharon los sujetos antifranquistas, individuales o colectivos, con los resultados alcanzados en la Constitución de 1978 o en el funcionamiento concreto de la democracia española. En otras palabras, si el rescate de las libertades políticas, civiles y sindicales fue un logro evidente conseguido, en buena medida, gracias a la movilización popular frente a la dictadura, no es menos cierto que muchas de las organizaciones y las personas que participaron de esa movilización aspiraban a objetivos más amplios, a una democratización mayor, a un marco desde el que se pensaba posible —e incluso, dado— avanzar hacia una democracia plena, de carácter socialista, o cuando menos se anhelaba conquistar una sociedad más libre y más igual de la que se configuró desde el final de los años setenta. Una sociedad, en todo caso, cuya evolución en absoluto quedó prefijada por los resultados de la transición^[4].

3.- Pamela Beth Radcliff, *Making Democratic Citizens in Spain. Civil Society and the Popular Origins of the Transition, 1960-78*, Basingstoke/Nueva York, Palgrave MacMillan, 2011; Carme Molinero y Pere Ysàs, *La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977*, Barcelona, Crítica, 2008; Nicolás Sartorius y Alberto Sabio, *El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España*, Madrid, Temas de Hoy, 2007. Un excelente balance en Pere Ysàs, «Ni modélica ni inmodélica. La transició des de la historiografía», en *Franquisme & Transició*, nº 1, 2013, pp. 273-308.

4.- Las reflexiones y citas iniciales en Ismael Saz, «Y la sociedad marcó el camino. O sobre el triunfo de la democracia en España», recogido en I. Saz, *Las caras del franquismo*, Granada, Comares, 2013, pp. 177 y 169. La cuestión de los objetivos o las esperanzas que guiaban la participación de las personas movilizadas contra la dictadura y por las libertades es objeto de debate y precisaría de una investigación más profunda de las actitudes sociales.

Un aporte al estudio de las luchas sociales en el tardofranquismo y la transición

La historiografía del antifranquismo, en especial la centrada en el movimiento obrero, ha tenido un notable desarrollo en las tres últimas décadas. Un conjunto de notables investigaciones nos han permitido confirmar la relevancia de la movilización obrera en las grandes regiones industriales (la *Gran Barcelona*, Madrid, Vizcaya, Asturias, Valencia...) y, en menor medida, también en otros territorios. Ello nos ha permitido explicar mejor cómo se desarrolló la renovada lucha de clases activada desde los años sesenta, a través de la emergencia de un *nuevo movimiento obrero*, cuya constitución como sujeto antagonista resultó inseparable de la experiencia en las fábricas, en los barrios y en el conflicto social. La atención a las huelgas y a las luchas desde abajo ha sido complementada por el análisis de las organizaciones y de los entornos a través de los cuales se organizó la movilización social, con un señalado protagonismo de las Comisiones Obreras, el PCE, el PSUC, o el obrerismo cristiano. Asimismo, las últimas investigaciones han permitido constatar la extensa implicación femenina en el movimiento obrero y en la contestación antifranquista, que constituyó a las mujeres como sujetos activos en el combate por sus derechos y fue paralela al desarrollo de una conciencia feminista que amplió decisivamente la agenda de las luchas por las libertades. Del mismo modo, se viene prestando cada vez mayor atención al movimiento vecinal y a los entornos asociativos convertidos en un ámbito de socialización y praxis democrática, en una escuela de ciudadanía forjada desde abajo^[5].

5.- De entre la abundante bibliografía sobre estos temas (para la que, por motivos de espacio, remito a P. Ysàs, «Ni modèlica ni inmodèlica») resultan especialmente

El dossier que presentamos no pretende ofrecer una visión panorámica del extenso conjunto de sujetos, prácticas y movimientos que se implicaron en la lucha por las libertades en la España de los años sesenta y setenta, pues tal pretensión desbordaría las posibilidades y el espacio de que disponemos. Pero sí incorpora un conjunto de investigaciones novedosas que abordan algunos de los temas imprescindibles para un conocimiento más cabal y amplio de las luchas políticas y sociales de las clases populares y del antifranquismo en las décadas de 1960 y 1970.

La extraordinaria capacidad del PCE y del PSUC para impulsar y participar de las luchas populares frente a la dictadura convirtió a ambas fuerzas hermanas, como se ha indicado, en «el partido del antifranquismo» por excelencia^[6]. Con todo, aunque la militancia comunista constituyera una levadura esencial de la lucha por las libertades en la mayor parte del territorio español, habitualmente se da por sentado que ejerció su mayor fuerza en las grandes concentraciones industriales y mineras. Sin duda, es cierto que la Gran Barcelona, Madrid, Asturias o Valencia constituyeron núcleos esenciales en la actividad comunista que la presencia del Partido fue menor y más irregular en las ciudades medianas o en las zonas rurales. Pero, como muestran los

recomendables Xavier Domènech, *Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo. Lucha de clases, dictadura y democracia (1939-1977)*, Barcelona, Icaria, 2012; y José Babiano (ed.), *Del hogar a la huelga. Trabajo, género y movimiento obrero durante el franquismo*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2007.

6.- Carme Molinero y Pere Ysàs, *Els anys del PSUC. El partit de l'antifranquisme (1956-1981)*, Barcelona, L'Avenç, 2010; ídem, *De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982)*, Barcelona, Crítica, 2017; Manuel Bueno y Sergio Gálvez (eds.), *Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social*, Sevilla, FIM/Atrapasueños, 2009; Emanuele Treglia, *Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero*, Madrid, Eneida, 2012.



Manifestación de estudiantes contra el Tribunal de Orden Público por la Avenida de Portugal (Madrid) a principios de los años setenta (Foto original: *L'Humanité*, fuente: AHPCE).

trabajos de Cristian Ferrer y Candela Fuentes, debe atenderse asimismo la capacidad mostrada por los y las comunistas para extender la lucha democrática más allá de las grandes conurbaciones fabriles, no solo levantando la organización partidaria, sino sobre todo impulsando movilizaciones y reivindicaciones obreras, jornaleras, vecinales y cívicas.

En el caso catalán, Ferrer nos muestra cómo el PSUC realizó un extraordinario esfuerzo de extensión organizativa en todo el territorio, ampliando su presencia a partir de mediados de la década de 1960 tanto en las tierras leridananas, las comarcas jornaleras del sur catalán, el Bages o la Selva, como en las ciudades de Tarragona, Lleida y Girona. Este proceso respondió sobre todo a la implicación en los problemas locales, de los trabajadores del campo, los obreros de las pequeñas industrias o la construcción, construyendo las Comissions Pageses y, de manera más amplia, contribuyendo al desarrollo de un amplio y heterogéneo movimiento social antifranquista. Como

podrá comprobarse leyendo su trabajo, la fortaleza alcanzada por el antifranquismo catalán, en general, y por el PSUC, las CCOO y la Unió de Pagesos, en particular, es inseparable de esta extensa implicación de la militancia comunista en las luchas sociales desarrolladas no solo en la gran zona industrial barcelonesa, sino también en las ciudades medianas y las comarcas rurales de Cataluña.

En una línea similar, el artículo de Candela Fuentes pone de manifiesto la capacidad del Partido Comunista para integrar el combate político y social en la vida cotidiana de la clase trabajadora de las comarcas rurales andaluzas. Su estudio atiende a la importancia de los *contextos de micromovilización*, de los imaginarios construidos en torno a la cuestión agraria, de las prácticas de asamblearismo campesino y jornalero, de la reivindicación en torno a injusticias concretas y del impulso de las Comisiones Obreras del Campo en la actividad impulsada por el PCE y puesta en práctica por su militancia en las comarcas andaluzas.

Como indica, estas luchas cotidianas por los derechos laborales y cívicos gestaron el empoderamiento de sectores de la clase trabajadora y el progresivo aprendizaje de la democracia desde abajo, en un proceso directamente conectado con el posterior desarrollo del sindicalismo agrario andaluz y con los apoyos conseguidos por el PCE en diferentes comarcas rurales de Andalucía.

La movilización por las libertades se amplió y enriqueció de manera decisiva con la creciente implicación femenina en los combates sociales y políticos. Claudia Cabrero analiza en su artículo el Movimiento Democrático de Mujeres, a partir del caso de Asturias, prestando especial atención a la implicación de las mujeres comunistas en este movimiento unitario. Su investigación muestra cómo el MDM resultó un espacio de gran importancia para impulsar y visibilizar la implicación femenina en la lucha antifranquista, favoreciendo el compromiso y la concienciación política de muchas mujeres. A partir de ello, se constituyó en un espacio de experiencia y lucha compartida de gran relevancia para explicar el desarrollo del feminismo en la España de los años setenta y la incorporación de las demandas feministas, tanto específicamente en el PCE, como más ampliamente en la construcción de la nueva ciudadanía democrática.

Otro sujeto colectivo fundamental en el desarrollo de un renovado antifranquismo fue el de la militancia católica progresista, expresada especialmente en el obrerismo cristiano, que partiendo de la HOAC y la JOC alimentó extensamente el desarrollo de las Comisiones Obreras, del movimiento vecinal y de las organizaciones de la izquierda. Esta implicación de los cristianos antifranquistas ha sido cada vez mejor estudiada por la historiografía, pero sin embargo se ha prestado escasa atención a una de sus derivaciones más relevantes en la demo-

cracia, como es la Unión Sindical Obrera. Precisamente, el artículo de José Alberto Gómez Roda presenta una contribución al estudio de USO en los años de la transición, analizando la crisis que afrontó en su intento de consolidarse como fuerza sindical independiente a través de su trayectoria en la importante comarca industrial alicantina del Baix Vinalopó. Se trata de una aportación relevante en el necesario esfuerzo por conocer cómo enfrentó el movimiento obrero los retos y los problemas que implicaron el cambio de marco político después de 1977, la formación de organizaciones sindicales y los devastadores efectos de la crisis económica sobre la clase trabajadora.

Como antes apuntábamos, este conjunto de artículos queda lejos de cubrir los diferentes frentes de lo que fue la lucha contra la dictadura y por la conquista de los derechos sociales y políticos, así como de las muchas cuestiones que la historiografía reciente, especialmente los investigadores e investigadoras jóvenes, está trabajando. Junto a los principales partidos políticos, el movimiento obrero, el estudiantil, el feminista o el vecinal, la renovación de la agenda investigadora está permitiendo una mayor atención a la izquierda radical, las luchas por la autonomía o la independencia, la reivindicación de los derechos de homosexuales y lesbianas, el desarrollo del antifranquismo en diferentes ámbitos profesionales (abogacía y judicatura, militares, docentes, etc.), las luchas ambientalistas, el pacifismo o la contracultura. Y todavía queda un extenso margen de desarrollo en los estudios sobre la clase trabajadora y el movimiento obrero, pues es imprescindible profundizar en el análisis sobre las actitudes, las esperanzas y las ideas que explicaban la movilización obrera —o la falta de esta—, o sobre el grado y las formas de transmisión de la cultura militante en las familias, los barrios y las fábricas. Del mis-

mo modo, conocemos aún escasamente las formas de protesta y las actitudes sociales en los entornos rurales de buena parte de España, o el cómo se relacionaron con la crisis de la agricultura y la emigración masiva. En suma, hay mucho por investigar para conocer mejor cómo se desenvolvió la

sociedad española bajo la dictadura y cómo desde el seno de las clases populares que el franquismo había tratado de someter se desarrollaron formas de conciencia, de protesta y de movilización que anticiparon e impulsaron la recuperación de las prácticas y de los derechos democráticos en España.